

BATA

molino de pólvora; en aquella época destinado á la funcion de cañones. Fuera de estos edificios se halla una era enteramente descubierta. Limitan el conjunto de esas construcciones, que aunque arruinadas, son de tezontle y cantería, al Norte una calzada llamada de Anzures, que quiebra para la conocida con el nombre de la Verónica, y al Sur las paredes de los mismos edificios, que miran á los campos y lomas de Tacubaya.

Este vasto edificio tiene el frente medio hundido en una quiebra del terreno, que vulgarmente se conoce con el nombre de las lomas del Rey, y es más bien una estensa mesa con muy pocas desigualdades, circundada de colinas poco elevadas, que en último término dejan ver una parte de la pintoresca cordillera que rodea el valle de Méjico.

Al Noroeste de los molinos, hay otro edificio aislado que se destinaba á depositar la pólvora y se llama Casa-Mata.—Es de tezontle y cal, de forma cuadrada y rodeado de un pequeño foso y de algunas obras de fortificacion defectuosa, que aunque se aumentó en esos dias presentó muy débil resistencia.

Estos edificios se hallaban protegidos por los fuegos del castillo de Chapultepec, que estaba coronado de cañones. La batalla sobre este terreno se estableció así:

Se formó una línea oblicua, apoyándose la izquierda en los edificios de los molinos; la derecha en la Casa-Mata y el centro en una pequeña

BATA

zanja seca, que ponía á cubierto á la tropa de una parte de los fuegos que pudiera hacer el enemigo.

En cuanto al ejército americano, el jeneral Scott habia establecido su cuartel jeneral en Tacubaya, y allí fué donde dió la órden para atacar el Molino.

La brigada al mando del jeneral Worth, á quien fué encomendada esta funcion de guerra, fué reforzada por tres compañías de dragones, fuertes de 270 hombres; por dos piezas de artillería ligeras: por dos de sitio de 4 24 y por la brigada del jeneral Cadwalader, compuesta de 780 hombres.—La fuerza total con que los enemigos emprendieron el ataque, fué de 3500 infantes, 8 piezas de artillería y 300 caballos.

El dia 7 de Setiembre de 1847 se limitaron los americanos á un reconocimiento que practicó el capitán de ingenieros Mason, con 20 dragones.

Examinado el terreno, colocadas las dos fuerzas beligerantes en sus respectivas posiciones, la batalla debia comenzar.

Así sucedió en efecto. Al rayar la aurora del dia 8, la batería enemiga de 4 24 rompió el fuego sobre el molino, y la artillería de Chapultepec contestó.

Los enemigos dispusieron una columna de asalto, compuesta de cosa de mil hombres, y protegida de la batería de 4 24, avanzó á paso de carga.—Á esta columna la seguia á poca distancia el batallón de infantería ligera, al mando del coronel Smith, y

BATA

ambas fuerzas con decision y firmeza, marchaban hácia al frente de los molinos.

La tropa perteneciente á la brigada del jeneral Leon, estaba distribuida en las azoteas y en el acueducto. Luego que los americanos estuvieron á buena distancia, se les rompió por las fuerzas mejicanas un vivo fuego de fusilería.

La columna de asalto llega hasta el punto donde estaba una de las baterías mencionadas y era en un magnéal situado frente de los molinos. Se apoderó de tres piezas, rompió en hurras por su fácil victoria, y se retiraba en tropel con sus trofeos, sin duda para embestir de nuevo, pues tenían la órden de tomar á viva fuerza las posiciones.

Las baterías del castillo de Chapultepec, seguan jugando con acierto sobre la primera línea de batalla de los enemigos.

El tercer rejimiento ligero, mandado por el coronel Miguel Echagaray, apareció en los molinos en el momento en que los enemigos se acababan de apoderar de las piezas.

Echagaray, valiente, patriota, deseoso de distinguirse, arenga á sus soldados, los anima, les dá ejemplo, y la columna victoriosa con más de ochocientos hombres, se encuentra acometida repentinamente por quinientos de esa buena infantería mejicana, que cuando es conducida al combate por oficiales de pundonor y conciencia militar, ha merecido grandes

BATA

ejojios de los mismos enemigos.

La columna americana, turbada un momento con este ataque, se retira precipitadamente. El tercer ligero lo persigue haciéndole un vivo fuego. Los enemigos abandonan las piezas: los soldados mejicanos entusiasmados dejan la artillería reconquistada en medio de las lomas, y continúan haciendo un estrago horroroso en los asaltantes, y llegan precisamente hasta tiro de fusil de la línea de batalla enemiga.

Echagaray se ve comprometido á una gran distancia de las posiciones: rodeado de numerosas fuerzas enemigas, cesa de perseguir á la columna, y se retiró recojiendo las piezas de artillería, y la tropa multitud de despojos; circunstancia que unida á este momentáneo triunfo, embriagó materialmente de júbilo á los soldados.

Este primer suceso varió las disposiciones de los americanos, y su línea de batalla tomó una segunda posición.

Otra, sobre el frente de la Casa-Mata.

Y la tercera, tomando una línea diagonal al Norte, para atacar un ángulo de la misma Casa-Mata.

La batería de cuatro piezas de Duncan fué avanzada, colocándose en la prolongacion de la capital en ángulo, es decir, en direccion diagonal de la Casa-Mata, y en disposicion de hacer fuego á la caballería.

Las compañías de dragones fueron enviadas contra la caballería mejicana, y dos pie-

CASA-MATA AL NOROESTE

BATA

zas ligeras avanzaron para batir el acueducto.

Las baterías de ambas partes no habían dejado de jugar; pero el ruido de la fusilería cesó un momento, y al dispersarse el humo, dejaba ver las columnas enemigas que con decisión avanzaban de nuevo sobre los molinos y Casa-Mata, en el orden descrito.

La batalla comenzó segunda vez, y á pesar de lo desventajosa que era ya para la línea mejicana, no se notó en toda la infantería, ya de Guardia Nacional, ya de línea, sino el entusiasmo más ardiente, el deseo más vivo de combatir.

La columna que asaltaba los molinos, como en la vez primera, fué recibida por un horrible fuego de fusilería.

Las tropas estaban colocadas en el acueducto y en las azoteas; además, en la era permanecían algunas fuerzas del tercero ligero con una pieza de artillería; y detras de una pequeña sanja, colocó el coronel Echagaray unos tiradores, que ofendían considerablemente al enemigo.

Los americanos volvieron en esta vez, si no á retirarse; al menos á vacilar en su tentativa.

La segunda columna, al mando del coronel MacIntosh, protegida como se ha dicho por la batería de Duncan, avanzó resueltamente á la Casa-Mata.

Las tropas mejicanas que la guarnecían, no pueden contener su entusiasmo, saltan de los parapetos, forman su línea, avanzan sobre el ene-

BATA

migo valientemente, comenzándole á hacer fuego cuando estaba á distancia de veinticinco metros. El jefe y los principales oficiales americanos, que conducían esta columna de asalto, caen heridos ó muertos; los soldados quedan momentáneamente sin jefe, y agobiados con las descargas de fusilería huyen precipitadamente, y solo van á reunirse al punto donde estaba situada la batería del coronel Duncan.

La tercera columna, inclinada hacia una barranca que dividía el terreno de la acción, del que ocupaba la caballería mejicana, aparecía inmóvil pero imponente.

Los americanos, rechazados de la Casa-Mata, vuelven de nuevo á organizarse; la columna que había estado inmóvil, se mueve, y considerables fuerzas cargan de nuevo sobre la Casa-Mata.

La batalla se hace general. El estruendo de la artillería y fusilería se asemeja á la explosión de un volcan, y el humo envuelve á los combatientes.

Durante estos momentos, se habían enviado al general Alvarez, con el orden terminante de que ejecutara violentamente la carga, al capitán Schaffno, al Lic. Juan José Baz y al coronel Ramiro. Una de las piezas de á 24 del capitán Hunger contuvo el segundo intento de la caballería, como las dos piezas de la batería de Duncan habían contenido el primero.

El coronel de Mina, Lucas Balderas, había sido herido en un pié al principio de la

BATA

acción; pero entusiasta y pundonoroso como Echagaray, no quiso retirarse, y apareció á la cabeza de su batallón en el momento en que los americanos hacían un tercero y formidable esfuerzo para vencer la posición de los molinos. Atento Balderas á sus soldados, se adelantó temerariamente, y cayó atravesado de una bala.

El general Leon, mudo y sereno se paseaba en medio de una lluvia de balas, y sin retroceder un paso de su puesto, recibió una grave herida de que sucumbió, terminando su carrera como Balderas, de una manera gloriosa, y dejando una memoria grata á los mejicanos.

Echagaray, el valiente coronel que había rechazado el primer ataque, y rescatado las piezas de artillería, y el oficial de ingenieros, Colombres, hacían en los molinos esfuerzos dignos de que los hubiera coronado la victoria. Se hallaban también allí, animando á los soldados y prestando útiles servicios, el general Matias Peña y el coronel Cano.

El valiente capitán Mendez, del 32 ligero, ayudado del teniente Martínez, continuaban en la era haciendo un fuego terrible con la pieza de artillería, hasta que sucumbió el primero, y una parte de su fuerza fué arrebatada por la batería que habían acercado al acueducto.

Los soldados de Mina, valerosos y entusiastas y guiados por sus jefes Aleman, Diaz y otros, hacían esfuerzos desesperados con muy buen éxito.

BATA

En medio de esta lucha encarnizada los enemigos llegaron á la puerta del molino. Desalojados todos los tiradores que estaban en el acueducto, una parte de las fuerzas enemigas pasaron del otro lado de la cerca, y al abrigo de las milpas penetraron por detras de los edificios, teniendo que romper una puerta y sostener una otra lucha contra unos soldados que la defendieron.

El ojo mayor que se puede hacer de esta función de guerra, es referirse á los documentos de los enemigos en que asientan, que de catorce oficiales que conducían la columna de asalto, quedaron fuera de combate once.

En cuanto al centro, aunque calculado de más débil por los americanos, no fué el objeto de sus más fuertes ataques.

El coronel Echagaray, en el último extremo, reunió la fuerza que había quedado en pié y emprendió su retirada.

Los soldados de Mina se retiraron igualmente por las milpas hacia el bosque sin dejar de hacer fuego: la demás fuerza que defendía las azoteas, rodeada por frente y retaguardia, cayó prisionera.—El coronel Tenorio cumplió hasta el último extremo con los deberes de un militar de honor, y herido gravemente, fué hecho también prisionero. Suazo, oficial de Mina, casi moribundo salvó la bandera de su batallón, enredándosela en la cintura y presentándose después á los que habían escapado del de-

BIBLIOTECA ALFONSO...
ALFONSO...
ALFONSO...

BATA

sastre, cubierta con la sangre de sus heridas.

La posición de los molinos cayó finalmente en poder del enemigo y la línea mejicana rota, no sin que esta parte del campo hubiese quedado cubierta de los cadáveres de los soldados americanos, y pereciendo la flor de su oficialidad.

Una vez esta parte de la batalla forzada, establecieron una batería frente de las casas de los molinos y dirijieron sus fuegos á la Casa-Mata, cuyos defensores habían sabido sostener el punto.

Las columnas enemigas, rodearon esta segunda posición, atacándola con todo esfuerzo. Con él mismo fueron recibidos por las tropas mejicanas que guarnecían las azoteas y parapetos, de manera que fué una lucha, se puede decir, cuerpo á cuerpo, y en este particular, como mayor elogio se debe referir también á los documentos oficiales de los mismos enemigos, que asientan que línea, á línea tuvieron que conquistar el terreno. En estos momentos murió valientemente el recomendable coronel Gregorio Gela-ty.

Antes de que ocurriera la reserva, dispersas las tropas del centro y forzada la ala izquierda de la línea, y atacada por el frente y flancos por la artillería, la Casa-Mata cayó en poder del enemigo, vel general Perez que la defendió con honor, efectuó su retirada logrando llegar á la calzada de la Verónica.

En la garita de la Candelaria se observó el fuego del cañon,

BATA

al rayar el día 8. El general Santa-Anna se dirigió al lugar del combate, á la cabeza del primer rejimiento ligero, pero llegó cuando la derrota estaba consumada y era imposible reparar los desastres. En la calzada de Anzures encontró el general Santa-Anna al coronel Echagaray, que se retiraba, conduciendo dos piezas de la batería tan tenazmente disputada.

Se intentó resistir al enemigo que continuaba su avance, pero siendo ya imposible, se abandonaron las piezas y las tropas se retiraron á Chapultepec.

Las baterías del cerro habían continuado haciendo fuego con mucho acierto, sobre las posesiones que habían ocupado los enemigos. Una bomba cayó en la Casa-Mata y voló el repuesto de pólvora que había en ella, pereciendo el teniente americano de ingenieros Armstrong.

Algunas fracciones de las columnas de asalto enemigas intentaron penetrar en el bosque; pero fueron contenidas por los batallones de San Blas y Querétaro, y este último, todavía lleno de entusiasmo, obró oportunamente con muy buen éxito, pues el enemigo desistió de su intento.

Los americanos recogieron sus heridos y oficiales muertos, y se retiraron á su cuartel general de Tacubaya. Según sus partes oficiales perdieron cerca de ochocientos hombres.

BATALLA DEL CASTILLO DE CHAPULTEPEC: En el artículo anterior se dijo que las tro-

BATA

pas mejicanas que escaparon de la muerte en la acción del Molino del Rey, quedaron colocadas bajo el abrigo de los fuegos de Chapultepec, y los enemigos posesionados del campo de batalla.—Esta situación duró poco tiempo.—Los americanos recogieron sus heridos y enterraron sus muertos, permaneciendo, entretanto, duraba esta operación, acampadas una parte de sus fuerzas en las lomas inmediatas en una actitud amenazadora. Al fin volvieron á entrar en sus cuarteles de Tacubaya.

En concepto de muchos de los jefes enemigos, la acción del Molino del Rey fué una de las más costosas é inútiles para el plan y objeto de los invasores, pues perdieron, como se ha dicho cerca de ochocientos hombres y sus mejores oficiales, sin haber encontrado esa cantidad inmensa de materiales de guerra que ellos creían encerrados en los edificios, y que también suponían ser un recurso inagotable para la defensa de la capital.—Los generales Scott y Worth, después de la batalla, tuvieron una agria desavenencia, que más tarde ocasionó que el primero privara del mando á Worth, y éste lo acusara al gobierno de los Estados- Unidos.

En los días que trascurrieron desde la batalla del Molino del Rey hasta el 11, nada ocurrió de notable, y los enemigos no hicieron demostración alguna sobre Chapultepec, tanto que llegó á creerse que se había cambiado por

BATA

el general Scott la base de operaciones y que los ataques serían dirijidos á otras garitas, indudablemente más débiles.

El general Santa-Anna en esos días continuó residiendo en Palacio. Se levantaba á las cuatro de la mañana, montaba á caballo y recorría las garitas y puntos fortificados, ocupándose de multitud de pormenores, con objeto tal vez de formar un plan general y bien combinado, para obtener un triunfo.

Después del suceso del Molino del Rey, se hizo mas sensible la necesidad del gran número de tropa y suficiente artillería para defender una ciudad tan estensa como Méjico. Sus fuerzas diseminadas en las garitas y fortificaciones, y sin la dotación necesaria de artillería, estaban reducidas á fracciones poco numerosas, obligadas á resistir los fuegos de diez, doce y quince piezas de artillería, y los ataques de gruesas columnas de infantería enemiga, que podía ser reforzada por las tropas de reserva.

La situación que tenían los enemigos al rededor de la ciudad. Antes del ataque de Chapultepec, era ésta:

El cuartel general estaba situado en Tacubaya. El general Scott residía en el palacio del arzobispo. La brigada del general Worth estaba acuartelada en las casas del pueblo.

Las divisiones de los generales Pillow y Quitman se hallaban acantonadas en Coyoacán.

El depósito general de ca-

CATALOGO DE LA BIBLIOTECA DEL INSTITUTO VALLARTA

BATA

rros, municiones y artillería se hallaba en Mixcoac.

La retaguardia y reserva, compuesta de las brigadas de los jenerales Smith y Twiggs, se hallaban en San Anjel.

Del 9 al 11 hicieron los movimientos siguientes: Las divisiones reunidas de Pillow y Quitman se movieron silenciosamente en la noche del 11 á Tacubaya.

Delante de las garitas orientales de la ciudad, es decir, San Antonio, la Candelaria y Niño Perdido, quedaron fuertes destacamentos de infantería y caballería, y una batería de doce piezas de cañón; una mitad de ellas ligeras, y otra de artillería de batir.

El coronel Harney, comandante de la caballería, con una parte de ella se hizo cargo del depósito y prisioneros que estaban en Mixcoac.

Otra fracción de la caballería cuidaba el flanco y retaguardia americana.

En la noche del 11 establecieron cuatro baterías para batir el castillo: la primera, compuesta de dos piezas de 4 16 y un obús de ocho pulgadas, fué colocada en la hacienda de la Condesa, para batir el lado Sur del castillo, y defender la calzada que vá de Chapultepec á Tacubaya.

La segunda, compuesta de una pieza de 4 24 y un obús de ocho pulgadas, fué situada en el punto más dominante de las lomas del Rey, y frente al ángulo Sud-Este del castillo.

La tercera, compuesta de un cañón de 4 16 y un obús de ocho pulgadas, fué situada cosa de trescientos metros al

BATA

Nord-Este de los edificios del molino.

La cuarta, que solo era un mortero de diez pulgadas, se colocó dentro de uno de los molinos, perfectamente abrigado y oculto con una alta pared del acueducto.—Finalmente, se preparaban á batir el castillo cuatro piezas de grueso calibre, cuatro obuses y un mortero.

El día 12 á las tres de la tarde, la brigada del general Pillow se movió de Tacubaya á las lomas del Rey, y ocupó los edificios de los molinos.

Con leves diferencias, estas eran las posiciones generales del enemigo.—Sus fuerzas de todas armas llegarían á ocho mil hombres con numerosa y bien servida artillería, aumentada considerablemente con las piezas tomadas en las anteriores batallas.

La ciudad que iba á ser asaltada, guardaba el aspecto siguiente:

Se tratará en primer lugar de Chapultepec, la llave de Méjico, como entonces se decía vulgarmente, y cuyos recuerdos y traiciones le hacían doblemente importante para el enemigo, además de los proyectos militares que había concebido.

En el esterior había las siguientes obras de fortificación:—Un hornabeque en el camino que vá á Tacubaya.

—Un parapeto en la puerta que rodea el bosque al lado del Sur, se construyó una flecha, y se abrió un foso de ocho metros de ancho y tres de profundidad. Este foso debería haber rodeado todo el

BATA

bosque; pero no hubo tiempo para concluir la obra.

En lo interior había las siguientes fortificaciones, incompletas muchas de ellas:—En el perimetro del jardin botánico, una banqueta apoyada en la pared que servía de parapeto. Cosa de 250 metros de un andamio que debería rodear la cerca del bosque y proporcionar que á cubierto pudiesen hacer fuego los soldados. Una flecha al Sur ensillando la entrada. Otra flecha al Oeste, y la última en la glorieta al pié del cerro. Además, por el punto donde se suponía debería pasar el enemigo, se hicieron seis fogatas, de las cuales solo tres se cargaron.

En la primera escala plana, hácia el Sur, se construyó un parapeto, y otro en la glorieta entre las dos rampas.

Subiendo el edificio, se encontraba guarnecido con blindajes en la parte llamada de los dormitorios, y rodeado de sacos á tierra el perimetro del mismo edificio.

La artillería que defendía estas fortificaciones, era 2: piezas de 4 24, 1 de 4 8, 3 de campaña de 4 4 y 1 obús de 4 68; en todo 7 piezas.

El jefe del castillo era el general Nicolás Bravo, y su segundo el general Mariano Monterde.

El jefe de la sección de ingenieros que había trabajado con un tezon infatigable, era Juan Cano; el comandante de artillería, Manuel Gamboa. Fueron tambien enviados á la fortaleza, después, los jenerales Noriega, Dosamantes, y Perez.

BATA

La tropa que había el 12, eran cosa de 200 hombres al pié del cerro, distribuidos en grupos, y arriba los alumnos del Colegio Militar y algunas fuerzas más, que en todo no llegarían á 800 hombres.

Las garitas estaban defendidas por buenas obras de fortificación.

En la de San Antonio había 6 piezas de artillería de grueso calibre, y 4 menores en la fortificación de la calzada. Mandaba el punto el general Mariano Martínez.

La garita del Niño Perdido estaba enlazada con la de San Antonio, había en sus fortificaciones dos piezas de campaña, y estaba custodiada por los cuerpos de Guardia Nacional.

La línea de la garita de San Cosme á Santo Tomás estaba encargada al general Joaquín Rangel, quien la cubrió con su brigada y dos piezas de artillería de 4 12 y de 4 8.—En la mañana del 13 se reforzó con un obús de 4 24.

En la garita de Belem había una pieza de 4 8, y por la otra parte de los arcos dos del calibre de 6 y 8.—El general Terrés estaba encargado de ese punto, y era su segundo el coronel Guadalupe Perdigón Garay.

En las garitas de San Lázaro, Guadalupe y Vallejo se habían dejado unos pequeños destacamentos de infantería, sin artillería alguna.

La caballería permanecía en el rumbo de Tacubaya y hacienda de los Morales.

Existía, además, una pieza de artillería en la fuente de la Victoria en el Paseo de

CABALLERIA ALFONSO MARÍA

BASS

Bucareli, y otra en la calzada que vá del mismo paseo á la arquería y convento de San Fernando.

El general Santa-Anna distribuyó las fuerzas disponibles, en los puntos que se creía serían atacados, variando á cada momento la situación de los cuerpos, y quedándose siempre con una fuerza de reserva para enviarla ó acudir en persona con ella, al punto donde fuese necesario.

Esta era, pues, en resumen, la situación que guardaban los dos ejércitos.

El día 12 al amanecer la batería enemiga situada en la ermita, rompió sus fuegos sobre la garita del Niño Perdido, sin mas objeto, que llamar la atención y poder acabar de situar perfectamente la artillería que debía batir á Chapultepec, en los lugares indicados.

En efecto, á pocos momentos comenzaron esas baterías á hacer fuego sobre Chapultepec. Al principio no causaron ningún estrago; pero rectificadas las punterías, las paredes del edificio comenzaron á ser clareadas por las balas en todas direcciones, experimentándose tambien grandes estragos en los techos, causados por las bombas que arrojaba el mortero que, según se ha referido, estaba oculto en el patio de los edificios del Molino. La artillería de Chapultepec contestó el fuego con mucha precisión y acierto: los ingenieros trabajaban incansablemente en reparar los estragos de los proyectiles enemi-

BATA

gos, y la tropa, detrás de los parapetos, sufría esta lluvia de balas.

El general Santa-Anna, se hallaba en una calzada entre las garitas de San Antonio y Candelaria, cuando comenzó el bombardeo de Chapultepec, sin que tampoco cesara la actividad de las baterías de la ermita. Después de haber recibido y hablado con un ayudante del general Bravo, marchó por la Viga, tomó las cercanías de la Ciudadela, y allí se puso á la cabeza de la reserva, compuesta de las brigadas Lombardini y Rangel, que tendrían las dos cosas de 5000 hombres.

El general Santa-Anna ordenó que en el puente llamado de Chapultepec se colocara al batallón de Matamoros, de Morelia, y á la izquierda el de San Blas. El resto de la reserva quedó en la arquería.

Las baterías enemigas continuaron el fuego con el mayor vigor, y este era tan intenso, que á las doce del día, entrando el general Santa-Anna á Chapultepec, y hasta el pié de la calzada para observar mejor los efectos del fuego, previno no le acompañase ninguno de sus ayudantes, y solo lo siguieron Antonio Haro y el coronel Carrasco, el cual subió á dejar al general Bravo el parque de fusil que estaba detenido, porque los enemigos impedían con el fuego la comunicación por la calzada. Cuando este oficial se presentó, el general Bravo estaba almorzando con la mayor serenidad, y las balas y bombas ha-

BATA

cian crujir á su alrededor las paredes y blindajes.

El Lic. Lazo Estrada y otros oficiales que acompañaban al general Bravo, daban tambien á la tropa el más bello ejemplo de valor, despreciando el peligro á que estaban espuestos, distinguiéndose especialmente el general Saldaña, quien permaneció sereno en medio de una lluvia de piedras que una bomba habia arrojado sobre su cabeza. En la tarde, el mismo general Santa-Anna entró al bosque con un batallón á reforzar la obra que miraba al E. del lado de la alberca, y donde el enemigo dirijia sus fuegos para desalojar á la tropa que la guardaba. Luego que su presencia fué notada, el fuego se redobló, y una bomba despedazó al valiente comandante de batallón Mendez, y mató ó hirió á treinta soldados. El general Santa-Ana mandó retirar la tropa, y se retiró él mismo con su estado mayor á la puerta, donde mandó construir una obra que defendiera el lado del jardín y el pié de la rampa, á y las nueve, después de concluida; se retiró con sus reservas á Palacio.

El bombardeo habia sido horrible. Comenzó poco después de las cinco de la mañana y no cesó hasta las siete de la noche. En esas catorce horas las baterías enemigas, perfectamente servidas, habian mantenido un proyectil en el aire y aprovechado la mayor parte de sus tiros. Fácil es calcular el estrago que habia causado el bom-

BATA

bardeo en un edificio que, aunque se ha llamado castillo, no fué construido sino para que sirviera de casa de recreo á los vireyes. En las piezas del mirador, destinadas á hospital de sangre, se hallaban confundidos los catáveres corruptos, los heridos exhalando dolorosos quejidos y los jovencitos del colejo.

El resto de la noche, el general Monterde trabajó con infatigable tesón en reparar los daños causados por las bombas, reponer los blindajes y reforzar las fortificaciones; pero el tiempo era muy angustiado y perentorio. Sin embargo, las esperanzas no estaban perdidas, y un incidente, al cual se le dió grande importancia en la capital, vino á reanimarlas.

Este incidente fué la proximidad de una fuerza del Estado de Méjico, á cuya cabeza se habia puesto el gobernador Francisco Modesto Olaguibel.

Desde que los americanos bajaron al valle de Méjico, las autoridades del Estado de este nombre redoblaron sus esfuerzos, bien para defender sus poblaciones, bien para enviar algunos auxilios á la capital en caso necesario. El patriota vice-gobernador Diego Perez Fernandez, el mismo que después pretendió solo, con una pistola en mano, detener en San Agustín de las Cuevas una partida de caballería enemiga, marchó á Acapulco, de donde condujo á esta capital alguna artillería.

El general Pillow puso en observacion de los movimien-

BIBLIOTECA DEL INSTITUTO NACIONAL DE HISTORIA

BATA

tos de esta fuerza á una gruesa partida de la caballería del coronel Harney, sin que esta caballería se atreviera á emprender un ataque, ni se acercara demasiado.

El día 13 al amanecer, las baterías enemigas volvieron á romper el fuego sobre Chapultepec, mucho más vivo que el del día antecedente.

El general Santa-Anna, que en la noche anterior había hecho entrar á Méjico toda la reserva, dejando solo cosa de 800 hombres en Chapultepec, se presentó cosa de las seis de la mañana en la calzada de Belem, con la brigada de Lombardini y el batallón de Hidalgo, de Guardia Nacional, para defender el desemboque de las calzadas de Anzures y la Condesa.

El enemigo, que había formado tres fuertes columnas á las órdenes de los generales Pillow, Quitman y Worth, ocupó el bosque con sus rifles que, saliendo del Molino, arrollaron á los pocos tiradores mejicanos que lo defendían hasta el pie. La columna del general Worth, volteó la posición, y figurando un ataque por la calzada de Anzures llamó la atención del gral. Santa-Anna. Una nube de tiradores, avanzando rápidamente sobre el puente de la calzada de la Condesa, se arbrigo en los troncos de los magueyes que habían sido tallados, y en las desigualdades y chozas inmediatas. Este ataque se juzgó verdadero por el general en jefe, que alternativamente atendía á los tres puntos dichos, y tenía la mayor parte de sus tropas

BATA

formadas en toda la calzada. Los enemigos, viendo que su plan surtía efecto, y que se resistían con vigor sus falsos ataques, dirijieron el grueso de sus columnas, que entraron por el Molino, al asalto del cerro, las que flanqueadas y precedidas de sus tiradores, comenzaron á subir, la una por la rampa, y la otra por la parte accesible del N. O.; entretanto que por el N. E. una nube de tiradores trepaba, y aprovechándose de las peñas, arbustos y ángulos muertos y mala aplicación al terreno de las fortificaciones, apagaba con sus tiros certeros los de los defensores, ó los distraía de atender á las columnas de asalto, que no encontraron más resistencia formal, que la que les opuso en la rampa y al pie del cerro, el valiente y denodado teniente coronel Santiago Xicoténcal con su batallón de San Blas; pero flanqueado, envuelto y muerto este jefe, y la mayor parte de sus oficiales y soldados, los enemigos avanzaron por el segundo tramo de la calzada con bandera desplegada, cayendo ésta algunas veces por la muerte del que la llevaba, y retrocediendo unos pasos las columnas; pero tomando otra la bandera y continuando el avance hasta el terraplen, donde los defensores, atardidos por el bombardeo, fatigados, desvelados y hambrientos, fueron arrojados á la hoyaeta sobre las rocas ó hechos prisioneros; subiendo una compañía del regimiento de nueva-York á lo alto del edificio, desde donde algunos

BATA

alumnos hacían fuego, que eran los últimos defensores.

El general Perez murió al principio del ataque de Chapultepec: el teniente coronel Cano, cumpliendo con su deber, fué traspasado con una bala de rifle, y espiró á las nueve de la noche de ese día. El general Dosamantes, que peleó con mucho denuedo, fué herido y el intrépido general Bravo hecho prisionero por el teniente Charles Brower. También fueron hechos prisioneros algunos otros jefes, oficiales y alumnos que cumplieron hasta el último momento con sus deberes.

El enemigo en toda esta refriega tuvo pérdidas muy considerables, aunque mucho menores que las que sufrió en el Molino del Rey. Uno de los oficiales que conducía la columna de asalto, fué muerto, así como otros varios injenieros.—El general Pillow fué herido gravemente en una pierna.

El general Rangel con algunos piquetes, marchó por la Verónica, donde se reunió con el general Matías Peña, el que después de haber hecho valerosos esfuerzos en la calzada de Chapultepec, conduca al batallón de Granaderos, sosteniendo su retirada y haciendo fuego á la vanguardia de Worth, que con algunas piezas de artillería se adelantaba en esta misma dirección. De esta manera llegaron á la fortificación de Santo Tomás, donde hizo alto la tropa ocupando el parapeto, y defendiéndose con tal denuedo, que rechazó á la co-

BATA

lumna del general Worth, que había determinado tomar posesión de esta obra de fortificación. Tanto en el hornabeque como en este lance, el general Rangel se manejó con mucho valor y serenidad.

Era indescriptible el cuadro horrible que después del combate prescataba ese venerable y antiguo bosque de Chapultepec, cubierto de una nube densa de humo que respiraba momentáneamente en las copas de los sabinos; estremeciéndose con el estretuendo de la artillería y fusilería, como si una lluvia de rayos lo estuviera destruyendo; cubierto su delicado césped de caláveres y moribundos, sangrienta la agua de sus fuentes, y despojados por las bombas y las metrallas los robustos troncos de sus árboles.

La catástrofe no ha llegado á su término. Cesa en verdad un momento lo reñido del combate; pero no es sino para volver á comenzar de nuevo á poco tiempo. Conforme á los sucesos que siguieron desde las diez de la mañana del día 14, hora en que ya estaba tomado Chapultepec, hasta las cinco de la tarde, en que las fuerzas americanas se posesionaron de las garitas.

Para comprender perfectamente la posición de los enemigos, es preciso hacer la siguiente esplicacion: Chapultepec, por decirlo así, es el punto dominante entre dos calzadas que forman un triángulo: la una se llama de Belem; es ancha y con acequias de uno y otro lado: por eme-

BATA

dio de ella está construida la arquera ó acueducto, que consiste en grandes arcos de mampostería, capaces de servir para la defensa ó ataque. Esta calzada tiene poco menos de 4 kil. y concluye hasta la garita de Belen. La calzada llamada de la Verónica, es igualmente ancha: de un lado tiene los potreros de la hacienda de la Teja, y del otro lado un riachuelo que sirve de límite á las tierras de las haciendas de Anzures y los Morales. El acueducto limita los potreros de la referida hacienda de la Teja: á cosa de tres kil. de Chapultepec está construido un cementerio que sirve para enterrar á los protestantes: en este punto cierra la calzada, y continúa el acueducto por S. Cosme, que es una calle con buenos y altos edificios de uno y otro lado.

Como se dijo, los enemigos para atacar la fortaleza, formaron tres columnas. La del general Pillow quedó de guarnición en el Bosque. La del general Quitman, una vez efectuada la retirada de las tropas mejicanas, comenzó á ocupar la calzada de Chapultepec, distribuyendo en cada uno de sus arcos tres rifles y un fusilero, y la del general Worth se distribuyó su fuerza en la calzada de la Verónica á poco más ó menos en el mismo orden.

Por parte de los mejicanos, entre Chapultepec y las garitas, existían en la calzada de Belen un reducto sin foso en el Puente de los Insurgentes, y en la de San Cosme la fortificación de Santo Tomás, y

BATA

las piezas situadas en la fuente del paeo y calzada que va á San Fernando.

La columna del gral. Quitman, protegida por los rifles y artillería que había situada en los potreros, continuó avanzando; pero se encontró en el Puente de los Insurgentes con una obstinada resistencia que hizo el batallón de Morelia, colocado allí por orden del general Santa-Anna.

En la capital, además de las tropas y de las guardias nacionales, había individuos del pueblo muy entusiastas que deseaban prestar sus servicios, y personas particulares que estaban al lado del general Santa-Anna, y lo servían desde el principio de la defensa como sus edecanes. Entre ellos, merecen mencionarse á Ignacio Comonfort, que después fué Presidente de la República, y que tanto se distinguió batiéndose en Churubusco; á Vicente García Torres, editor y propietario del "Monitor Republicano," uno de los más antiguos é ilustrados periódicos diarios de la capital, quien sin embargo de su oposición á Santa-Anna, solamente trataba de servir á su país; y Antonio Haro y Tamariz, que no obstante su posición independiente, su representación social, sus hábitos de una vida pacífica, y su separación de los negocios públicos, se le vió entrar varias veces al combate á la cabeza de algunos cuerpos, buscando los peligros y haciéndose acreedor por este y otros hechos, á este justo tributo de honor.

BATA

El general Quitmán creyó que una vez tomado Chapultepec, rotirada una parte de la reserva y dispersa otra, no encontraría resistencia, sino la muy débil que pudiera oponerle la garita; pero no fué así, sino que contenido en su avance, y no pudiendo con el solo esfuerzo de su infantería desalojar del reducto mencionado al batallón de Morelia, tomó otras disposiciones. Mandó avanzar las piezas situadas en el potrero, nuevas fuerzas vinieron á reforzar su columna, y situó frente al reducto un óbús de á ocho, batiendo así por el flanco y por el frente á los soldados mejicanos, los que faltos de parque, lograron, sin embargo, con esta nueva, aunque corta defensa, que la reserva se replegara á la ciudadela.

Por la calzada de la Verónica continuó su avance el general Worth.

Por la calzada de Belen, los enemigos avanzaron con infantería, y fueron rechazados por la artillería situada debajo de los arcos, y la infantería en la aspillera de la casa y en los flancos de la garita. Entónces el general Quitman se determinó á batir la garita con las piezas gruesas que le habían llegado. El general Santa-Anna se persuadió que el fuego de artillería no pasaría á un asalto, y por eso se dirigió á San Cosme, encontrando que el general Rangel había abandonado á Sto. Tomás, y se retiraba con dirección al centro de Méjico, sin defender la garita. El infatigable general Santa-Anna

BATA

contuvo el desorden de la tropa, mandándola de nuevo á la garita y las casas de uno y otro lado; y por esta operación el enemigo, que venía sin artillería y en pelotones, tuvo que retroceder en busca de sus baterías.

Habiéndose avisado en este momento al general Santa-Anna que la garita de Belen había sido abandonada, y la ciudadela corría gran peligro, vino en el acto con las fuerzas que le seguían, y ocupó este edificio y ordenó que el coronel Carrasco tomase la pieza que estaba en la fuente de la Victoria, la acercase á la calzada para batir desde allí al enemigo, que ya había ocupado la garita, hecha escombros por sus propios fuegos. Haro tuvo la feliz inspiración de que se sacara una pieza de la ciudadela y se colocara del otro lado de los arcos, hacía el colegio de Belen de las Mochas, con objeto de desalojar á los rifles que hacían fuego á la ciudadela parapetados en la arquera.

El coronel Castro, con algunos soldados que pudo reunir, ocupó la azotea del colegio de Belen, é hizo desde allí un vivo fuego sobre los enemigos que avanzaban sobre la arquera.

Esta operación tuvo un éxito brillante. Carrasco, con solo dos artilleros y un puñado de paisanos, trasportaba la pieza en todas direcciones y aprovechaba perfectamente todos sus tiros, de manera, que realmente equivalía á una batería completa. El valiente oficial que mandaba la pieza situada en las cerca-

BATA

nias de Belen de las Mochas, por su parte tambien hacia muy buenas punterias, hasta que succumbió, víctima de su arrojo y patriotismo. El mejor elogio que puede hacerse de estos militares, es referir lo que el general Quitman asienta en su parte oficial, donde pone las siguientes palabras: "Cuando yo creia haber vencido á los enemigos y arrojádolos de la garita, recibían mis tropas una lluvia de fierro."

En el barrio de San Cosme, los defensores que ocupaban las casas, recibieron una carga de las fuerzas de los enemigos, que vivieron en mayor número, y con dos obuses comenzaron á hacer fuego á las casas, ocupándolas todas simultáneamente, y conforme las dejaban los mejicanos que se retiraban en confusión al interior de la ciudad. El general Santa-Anna acudió de nuevo á este punto, y observando la confusión que reinaba, dictó las órdenes más enérgicas para restablecer la moral perdida, y que se continuara la defensa mandando ocupar la casa de la Pinillos, San Fernando y otros edificios cercanos, y que desde allí sin descanso, se continuara el fuego.

En estas circunstancias, los enemigos penetraron por una calzada situada en un costado de la garita de Belen, y parecieron en la casa llamada del Molinito, amenazando con un nuevo é inminente peligro á los defensores de la capital.

Los soldados comenzaron á abandonar los edificios y á

BATA

desbandarse en todas direcciones, sin que fueran bastante para contenerlos, los esfuerzos personales del general Santa-Anna y algunos de sus ayudantes. Las mazas desorganizadas acabaron de dispersarse con algunos tiros de artillería del general Worth, que avanzaba con rapidez.

Todavía en la garita de Belen, se trató de hacer el último esfuerzo, formándose una columna para que fuera á tomarla, lo que no tuvo ningún resultado, porque el enemigo hizo uso de su artillería. Finalmente, á las cinco de la tarde fueron ocupadas las dos garitas por los generales Worth y Quitman. Los Sres. Othon y Eljio Romero contribuyeron á este último esfuerzo, esponiendo con decisión su vida. El caballo que montaba el segundo, recibió ocho balazos.

Todas las tropas dispersas y situadas en otros puntos, comenzaron á reunirse en la Ciudadela, donde ya reinaba el desaliento y la confusión. Al batallon Hidalgo se le mandó situar en Santa Isabel, el de Victoria rehusó abandonar las garitas del Niño Perdido y San Antonio, ocupándose de batir á pequeñas partidas de americanos que se presentaban por las calzadas, y el coronel Pedro Jorriñ á la cabeza de una parte de su batallon, se dirigió á una calzada cercana á la garita de Belen, donde durante una parte del combate y poco tiempo después de él, estuvo haciendo un activo fuego.

BAST

La seccion de Olaguibel, quien habia entregado ya el mando del gobierno al vice-gobernador, entró á la capital esa misma tarde, y se situó tambien en la Ciudadela. El Sr. Olaguibel pidió al general Santa-Anna lo situara en el punto de San Fernando para defenderlo; pero este general reservó el concederle esto, hasta tanto no se tomara una determinacion general sobre lo que debía hacerse en lo sucesivo. No siendo ya posible defender la ciudad, una vez perdidas las garitas y la artillería, se determinó evacuarla. Por fin, el 2 de Febrero de 1847 se celebraron los tratados de paz de Guadalupe.

BATALLA DE SANTA CRUZ DE ROSALES: todos los recursos, material y demás elementos de guerra, que sin contar con los auxilios y proteccion del gobierno general se pudo proporcionar el Estado de Chihuahua para resistir á la invasion, habían desaparecido en la batalla del Sacramento: ocupado por el enemigo desde 1º de Marzo de 1846, no contaba con recursos de ninguna clase; no obstante, lejos de desmayar en su patriótico empeño, buscaba por todas partes el medio de volver á tomar las armas.

En el mes de Enero de 1847 tuvo noticias el gobierno del Estado, de que el general enemigo Sterling Price, con una division respetable se dirijia nuevamente sobre Chihuahua, á cuyo fin se hallaba ya en el Paso del Norte: caecía el Estado de elementos para resistir: habianse agota-

BASO

do sus esfuerzos en el año anterior, y no le quedaba que esperar auxilio alguno que no fuese de sus mismos hijos; invocó pues, el patriotismo de éstos, y los halló prontos á emplear sus vidas y el resto de sus fortunas en la defensa de su país. Se comenzó desde luego á organizar ésta, y muy en breve el gobierno de Trias tuvo las armas, recursos y trenes necesarios para mantener en campaña una fuerza de mil hombres.

El 21 de Febrero se recibió en la cap. la circular que anunciaba haberse celebrado el día 2 los tratados de paz de Guadalupe, y esperábase de un momento á otro el armisticio, estipulado en esos mismos tratados, y estos hechos naturalmente habían servido para entibiar los ánimos de los chihuahuenses, que no creían ya indispensables y urgentes los sacrificios que se les exijian para preparar una defensa vigorosa. Repentinamente se recibe la noticia de que los americanos avanzaban sobre Chihuahua con tanta rapidez, que el anuncio apenas pudo llegar un día antes, y solo este espacio de tiempo quedaba al gobierno ó para organizar la defensa de la ciudad, ó para sacar de ella y poner en salvo todos los trenes y armas, como lo hizo.

El general Trias se retiró de Chihuahua con unos cuatrocientos hombres de todas armas, en su mayor parte de Guardia Nacional, dos piezas de á ocho, dos de á cuatro, dos obuses de siete pulgadas y dos cañones pedreros, para

BATA

la villa de Rosales, distante 92 kil. de la capital. El mismo día 6 de Marzo á las nueve y media de la noche ocupó el enemigo á Chihuahua; pero sin detenerse allí continuó en persecucion de las fuerzas mejicanas á marchas redobladas.

Posesionado ya Trias de Rosales, y reforzada su tropa con poco más de cien hombres, hizo desde luego los preparativos necesarios para resistir al enemigo, que se avistó á las seis de la mañana del 9. En aquel día tuvieron los generales Price y Trias dos conferencias para lograr un avenimiento; pero nada se logró, pues el primero, fundándose en que no tenía noticias oficiales de la celebracion del armisticio, ni del tratado de paz de Guadalupe, se negaba á retroceder al Paso; y el segundo no pasaba por la rendicion, ni por entregar el tren de artillería, armamento y municiones. Concluidas aquellas inútiles conferencias, el enemigo se retiró á un bosque inmediato.

El 10 declaró Price la villa en estado de sitio. Desde ese día hasta el 15 se estuvo por ambas partes en espera de refuerzos, ocupándose entretanto el general mejicano en abrir fosos y cortaduras, y levantar parapetos y trincheras para hacer la defensa más vigorosa. Recibido por el enemigo en la noche un refuerzo de tropas, que consistía en trescientos hombres con seis piezas de grueso calibre, á las siete del 16 intimó rendicion. Desechada por Trias, se rompió el fuego á las ocho de la

BATA

mañana, generalizándose á poco el combate, que duró hasta las doce y media del día, bastante sostenido por una y otra parte. La resistencia fué tan vigorosa, que los americanos se vieron al fin obligados á retroceder, y abandonaron algunas piezas de artillería, un carro de parque y otros efectos.

Ordenados de nuevo y con más conocimiento del terreno, emprendieron segundo ataque. El combate esta vez era más vivo: se trataba de un asalto en toda forma á cuyo efecto avanzaban sobre la plaza las columnas de los americanos. Los soldados mejicanos llenos aun de entusiasmo, animados por sus valientes jefes resisten con denuedo, prolongando la defensa hasta el oscurecer. Entonces cayó la plaza en poder del enemigo. El general en jefe y los oficiales mejicanos quedaron prisioneros de guerra; si bien después se les espedieron sus pasaportes, bajo su palabra de honor, para el punto de la República á que quisieran dirigirse. Solamente el general Trias, el coronel Justiniáni y el primer ayudante Horcasitas, quedaron en poder del enemigo, que los trató con las mayores consideraciones.

La honrosa defensa de la plaza mereció grandes elogios de Price, quien, como un testimonio de aprecio á sus defensores, dejó su espada á todos los oficiales mejicanos.

Los desastres que sufrió Chihuahua, á consecuencia de su decision y patriotismo, realzaron el mérito que contrajo

BATA

en toda esa desgraciada campaña. Aquel Estado disfrutará, pues, la satisfaccion perdurable de haberse distinguido como se distinguió tambien, durante la invasion francesa en el cumplimiento de los deberes que á todos imponia la patria, y de haber visto que sus hijos fueron los últimos que, en una accion de guerra, sostuvieron con valor y entusiasmo la nacionalidad de la República.

BATALLA DE OCOTLAN, CERRO DE SAN JUAN Y OCUPACION DE PUEBLA: Examinando las causas que produjeron la reaccion después del triunfo de la revolucion de Ayutla, se halla el origen de la "Batalla de Ocotlan."

Pasaba entónces Méjico por una de esas formidables crisis en que campear todas las exajeraciones; y era natural que temieran mucho y se apercibieran á la resistencia, las clases que parecían amenazadas por los revolucionarios que proclamaban la libertad de cultos, la abolicion de fueros, la libre enseñanza, la libertad del comercio, la independencia del Estado y de la Iglesia, etc.

El gobierno logró sofocar algunos tumultos que ocurrieron en Oajaca y en Puebla, con motivo de la abolicion del fuero; más no pudo impedir que se juntaran en Zacapoaxtla algunos jefes y oficiales con buen número de soldados, y que unidos á los vecinos de aquel pueblo y de sus inmediaciones, levantaran, al grito de "religion y fueros," una bandera rebelde.

BATA

El plan de Zacapoaxtla se redujo á desconocer al gobierno de Comonfort, y á proclamar las "Bases Orgánicas" de 1843. La acta de pronunciamiento fué levantada el 19 de Diciembre, y firmada en primer lugar por el general Francisco Güitán y por los coroneles Luis G. O. Sollo y Juan Olloqui, que habían sido enviados por el gobierno al Estado de Puebla con dos cuerpos de caballería, para que defendieran allí el orden público.

Contra los pronunciamientos de Zacapoaxtla, fué enviado primeramente el general Ignacio de la Llave con una brigada numerosa, y todo ella se adhirió al pronunciamiento, dejando casi solo al jefe que la mandaba. El gobierno envió después mil quinientos hombres á las órdenes del general Castillo, y tambien se unieron á los descontentos con su jefe á la cabeza. Llegando á las filas rebeldes los considerables fondos que el gobierno les habia dado para la campaña, varias piezas de artillería y gran provision de municiones.

Al mismo tiempo que pasaban estas cosas, se pronunciaban en diferentes puntos de la República otros jefes que tomaban el camino de Zacapoaxtla, é iban á engrosar las filas de la nueva revolucion.

En pocos dias se habia organizado una revolucion formidable. Los sublevados de Zacapoaxtla eran más de cuatro mil hombres de los mejores del ejército, y estaban con ellos los jefes más distin-

BATA.

gridos. Favorecían el movimiento clases muy poderosas, que se creían amenazadas en sus intereses por la política dominante; una propaganda sorda y segura se ejercía por todas partes sobre los pueblos, invitándolos á impedir que prevaleciera el desenfreno demagógico. En fin, todos los individuos á quienes había perjudicado la caída de la dictadura, apoyaban con ardientes votos á los pronunciados; y todos los intereses destruidos por el triunfo de la revolución liberal, habían caído con su enorme peso en la balanza de la nueva rebelión. La bandera del general Antonio de Haro, que se había puesto al frente de la sublevación, era ya en realidad una bandera reaccionaria, tanto más peligrosa, cuanto que en ella estaba escrita la palabra libertad al lado de la palabra orden: parecía un movimiento operado para poner coto á las exajeraciones democráticas; y como se tenía por imposible que hubiera quien intentara una reacción, hacía las cosas que habían caído con el general Santa-Anna y su gobierno, no faltaron liberales que de buena fé se manifestaron adictos ó tomaran parte en la empresa.

Los de Zacapoaxtla se movieron de aquel punto á principios de Enero, y marcharon sobre Puebla. Las autoridades de aquella ciudad hicieron algunos preparativos de defensa, que no bastaron para rechazar á tantos enemigos, y los pronunciados entraron en Puebla el 23 de E-

BATA.

nero de 1856, á consecuencia de una capitulación celebrada el día anterior, y en virtud de la cual los defensores salieron de la plaza con todos los honores de la guerra, después de obtener toda clase de garantías para los que allí habían defendido al gobierno.

La noticia de la toma de Puebla por los pronunciados, tuvo una buena compensación con la que se recibió pocos días después, sobre la pacificación de la Sierra. El general Ghilardi, enviado en persecución de Uruga, había terminado en quince días una de las campañas más felices que se conocen en las guerras civiles de Méjico, no solo destruyendo las numerosas partidas de gente armada que se había revelado en todos aquellos pueblos, sino haciendo que se convirtieran en los más decididos defensores del gobierno, sus principales caudillos.

Todos los acontecimientos que se acaban de relatar, pasaron en los meses de Enero y Febrero de 1856, y durante aquel tiempo se esperaba por instantes en la capital que se movieran sobre ella los pronunciados de Puebla. Pasábase, sin embargo, los días sin que indicaran siquiera semejante intención; y se llegó á saber de positivo que era su ánimo aguardar allí las tropas del gobierno, para lo cual habían levantado algunas fortificaciones en la plaza.

El general Ignacio Comonfort, Presidente de la República, resolvió á fines de Febrero llevar la guerra á Puebla, marchando él mismo á

BATA.

la cabeza de las tropas. Había llenado dignamente hasta allí su hermosa misión; había defendido la causa popular en todos los terrenos; el 18 de Febrero había abierto en persona las sesiones del congreso constituyente: había logrado reunir en un solo punto á todos sus enemigos: uada le quedaba por hacer sino dar la paz á la República, y para ello era preciso destrozarse la bandera contrarrevolucionaria. Quiso acometer aquella empresa, y su resolución fué tan feliz para su patria como gloriosa para él.

Aunque el gobierno había logrado poner más de doce mil hombres sobre las armas, era, sin embargo, muy dudoso el problema que en el campo de batalla iba á resolverse.

Los pronunciados de Puebla eran gente decidida, con abundantes recursos y con poderosos auxiliares, y estaban animados por cuantas pasiones buenas y malas pueden servir de estímulo á los hombres; para lidiar con brío y sostener desesperadamente una empresa: y en el pueblo de San Martín Texmelucan, se situó el cuartel general el día 19 de Marzo.

Formado el ejército en las llanuras del valle de ese pueblo á 30 kil. de Puebla, dispuso Comonfort que se levantara algunas fortificaciones en San Martín, que debía ser la base de las operaciones futuras; mandó hacer los necesarios reconocimientos del terreno, y examinó cuidadosamente por sí mismo sus accidentes topográficos, para señalar las posiciones que de-

BATA.

bía ocupar el ejército en su marcha, y evitar que le atacase la caballería de los pronunciados, mucho más numerosa y fuerte que la del gobierno.

Comonfort dió sus órdenes para que el ejército avanzara sobre Puebla, y éste emprendió su marcha el día 7. Componíase de tres divisiones de infantería que mandaban los generales Parrodi, Moreno y Zuloaga, una de caballería mandada por el general Portilla, una brigada móvil á las órdenes del general Ghilardi. En todo eran unos doce mil hombres con 40 piezas de artillería, cuya fuerza se aumentó despues durante el sitio de Puebla, hasta 16,000 hombres de todas armas con 48 cañones de diferentes calibres.

El mismo día 7 á la una del día, el ejército hizo alto á 12 kil. de Puebla, situándose la division Parrodi á la derecha en Río Prieto y loma de Montero, con la descubierta en Coronango; la division Zuloaga á la izquierda en las llanuras de la hacienda de San Isidro, y ocupando el centro la brigada Doblado en el cerro de Ocotlan: estaban la division Moreno y la brigada Ghilardi en la hacienda de Santa Inés, y la caballería en el pueblo de San Miguel Xostla, en donde se situó el cuartel general. En estas posiciones, pasó el ejército la noche del 7, dispuesto á acercarse más al siguiente día á la ciudad revelada, según las órdenes del general presidente, comunicadas desde Santa Inés, donde pernoctó.

BATA

Los de Puebla estaban á la mira de todos los movimientos que Comonfort efectuaba con su gente, y tuvieron noticias exactas del que queda descrito. Creyeron que les sería fácil atacar al ejército por sorpresa, y con ese objeto salieron de la ciudad por el puente de Méjico el día 8 ántes de amanecer, y se dirigieron apresuradamente á los puntos que las fuerzas del gobierno ocupaban. Ora intentasen atacarlas en marcha, ora caer sobre ellas de improviso, en las mismas posiciones donde habian pasado la noche el movimiento de los pronunciados, revelaba claramente que habia en sus jefes arrojo y decision. El presidente habia previsto esta salida, y habia dictado sus órdenes para el caso de que se realizara: más no pudo impedirse que los de Puebla, marchando rápidamente y en buen orden, envolvesen casi del todo las posiciones del gobierno, á las siete y media de la mañana del día 8.

Eran los pronunciados como 4,000 hombres los cuales avanzaron osadamente, divididos en cinco columnas de infantería y dos de caballería, con 12 piezas de cañon, que lograron colocar en buen punto, cerca de Coronango, donde estaba la descubierto de la division Parodi.

Dos de estas columnas de infantería, mandadas por Ornoz, Solís y Miramon, y apoyadas por el fuego de 12 cañones y por una de las columnas de caballería á las órdenes del coronel Guillen, cargando impetuosamente so-

BATA

bre la derecha del ejército á las ocho ménos cuarto, mientras que Osollo y Aljovín atacaban el centro con otras tres; y la de caballería, que mandaba Bastos. Al mismo tiempo el coronel Olloqui con el resto de los caballos, marchaba al galope al pié del cerro de Ocotlan para ganar la llanura de la izquierda, y envolver por aquel lado el ejército de Comonfort.

A las ocho se hizo general la batalla: por espacio de dos horas y media estuvieron luchando encarnizadamente los del gobierno y los pronunciados, sin que cajeran un punto los primeros en sus posiciones, y sin que un punto desmayaran los segundos, en su empeño de avanzar para desalojarlos. Los tiros de cañon, el fuego granado de la infantería, las arremetidas de los escuadrones, no cesaron un instante en aquel espacio de tiempo: diez y ocho bocas de fuego por parte del gobierno, y las doce de los pronunciados barrían por igual con la metralla las pobres chozas de S. Francisco Ocotlan y las filas de los combatientes. Por fin, los pronunciados fueron rechazados en el ala derecha, cuyas baterías habian hecho en ella horribles destrozos; pero tan violento fué el empuje con que embistieron al centro, que algunos cuerpos de Guardia Nacional, ménos disciplinados que valientes, no pudieron conservar sus posiciones, y se dispersaron por la llanura de la izquierda, de tal modo que los pronunciados llegaron á apoderarse del cerro. El general Rosas

BATA

Landa, y el coronel Baz, habian logrado contener por aquel lado á la caballería enemiga que trataba de envolverlos.

Dudosa estaba la batalla, porque era igual la obstinacion por una y otra parte, pero al fin los pronunciados cedieron. Estaban destrozados por la metralla de las baterías situadas en la loma; y velase además, á lo lejos, por el camino de Santa Inés, una inmensa polvareda que anunciaba la proximidad de nuevas tropas de refresco. Esto acabó de decidirlos, porque pensaron que aquellas fuerzas venian á reanimar el ardor de sus contrarios, precisamente en los puntos donde algo habia desmayado la resistencia. Salió, pues, de las tropas rebeldes el toque de *alto el fuego*, y este toque fué repetido en la línea del gobierno por orden del general Ávalos, que peleaba en el punto más peligroso del centro, al frente de su brigada de caballería. Eran las diez y media: el fuego cesó al instante, pero no sin hacer aún una nueva víctima; apenas habia dado Ávalos aquella orden, cuando cayó mortalmente herido por el último tiro de los contrarios.

Después de un armisticio de dos horas, levantaron el campo los sublevados y se retiraron rumbo á Puebla.

Los pronunciados dejaron tendidos en el campo 119 muertos y 98 heridos, quedando en poder de los vencedores 180 prisioneros, y perdiendo además los vencidos

BATA

unos 400 hombres que se les dispersaron. Los del gobierno, recojieron en el campo de batalla el mismo día, por la tarde, á los heridos enemigos, y los llevaron á sus hospitales de sangre para curarlos juntamente con sus compañeros que se hallaban en el mismo caso.

Entre los muertos, á consecuencia de las heridas que recibieron en aquella jornada, se contaron el general Ávalos por parte del gobierno, y los coroneles José Díaz de la Vega y Manuel Aljovín por parte de los enemigos.

Encerrados en Puebla los pronunciados, Comonfort no vaciló un punto en ir tras ellos para atacarlos en la misma ciudad. Defendida naturalmente por los cerros que la circundan; y aprovechadas bastante bien por la jente de Haró aquellas ventajas, era arrojado acometerlos allí, y una empresa harto difícil derrotarlos; pero nada valieron castillos ni trincheras, nada el ardor ni la obstinacion de los sitiados, contra el valor y la decision de los del gobierno, doblemente alentados por el reciente triunfo y por la presencia del afortunado jefe.

Sin descansar un punto después de la batalla de Ocotlan, Comonfort se dirigió el día 8 de Marzo por la tarde sobre Puebla, y acampó su ejército en las inmediaciones de aquella ciudad, pasando él la noche en la hacienda de Uranga con la tercera division de infantería. El día siguiente los pronun-